

cuaciones espontaneas de sangre? Sin duda que no. Ni la lanceta, ni las sanguijuelas son electivas, de modo, que saquen la sangre mala, ò excrementicia, y dexen la buena. La naturaleza sí. A no serlo, no se observára tan freqüentemente la pronta, y sensible mejoría de los enfermos, sucesiva à las hemorragias naturales. Creo que à estas ordinariamente precede alguna fermentacion en la masa sanguinaria, con que se separa lo puro de lo impuro. Conocí à un sugeto, que padecía fluxo hemorroidal, ò sangre de espaldas, el qual muchas veces, al tiempo que sentia algun conato, ò impulso de la sangre para fluir, la reprimia, resistiendo con alguna fuerza el conato. Siempre que hacía esto, lograba despues copiosa purgacion por la via de la orina, lo qual, fuera de esta circunstancia, nunca le acaecia. Esto prueba ser sangre excrementicia la que estaba para salir; y detenida, se transcolaban sus impurezas à los ureteres, y vexiga, de donde salian con la orina.

PARADOXA XV.

En el examen de los enfermos todos sus apetitos se deben notar.

99 **L**A inapetencia es una de las señales de indisposicion, que jamás los Medicos dexan de observar; y que, segun sus grados, indica, por lo comun, la mayor, ò menor gravedad del mal. Pero inconsideradamente han ceñido para este efecto la inapetencia à un objeto solo, que es la comida. Digo, que la inapetencia, ò apetito de los enfermos, se debe entender en orden à todos los objetos, que apetecian en el estado de sanos. Es una maxima importantissima la que voy à establecer. Dictómela la razon, y me la confirmó la experiencia. No solo la intension, mas tambien la extension de la inapetencia señala la gravedad del mal: de suerte, que à quantas

tas mas especies de objetos se estendiere, tanto mas grave se debe juzgar la dolencia, exceptuando solo aquellos en que el apetito, ò intension del apetito, es efecto de la enfermedad.

100 Explícome: Pedro, quando sano, no solo apetecce la comida, mas tambien el tabaco, el juego, la musica, el paseo, la conversacion, la caza, la Comedia, la inspeccion de cosas curiosas, noticias de guerras, las visitas de los amigos, &c. Digo, que llegando el caso de enfermar Pedro, debe el Medico, que le visita, informarse, no solo del estado de su apetito en orden à la comida, mas tambien en orden à los demás objetos expresados, todos aquellos, que apetecia quando sano; y à quantos mas objetos se estendiere la inapetencia, tanto mayor debe juzgar la gravedad del mal.

101 La razon es, porque la inapetencia de qualquier objeto apetecido en el estado de sano, es efecto de la enfermedad. Luego quanto la inapetencia fuere mas general, arguye enfermedad mayor, por la regla generalissima, de que mayor efecto pide mayor causa, ò agente mas poderoso. Como tambien al contrario, y por la misma proporcion del efecto con la causa, quanto la inapetencia fuere mas limitada en orden à las especies de objetos, significa menor indisposicion. Esto se debe entender, de modo, que no se pierda de vista la intension de la inapetencia; pues de la combinacion de intension, y extension de la inapetencia, ha de resultar el juicio exacto de la gravedad de la dolencia. Exacto, digo, por lo que toca à esta señal; pues el juicio ultimado, y absoluto pide la combinacion de esta señal con todas las demas que nota el Arte Medico. Asi en una muy molesta Diarrehá, y en una grave pesadumbre, suele intervenir casi general inapetencia; pero como no hay otra señal alguna de indisposicion peligrosa, aquella seña sola no debe dar cuidado.

102 En consecuencia de la regla dada, siempre que en enfermedad propriamente tal se notáre fastidio, ò displicencia universal de todo lo que el enfermo apetecia

cia en el estado de sano, se debe reputar la enfermedad peligrosa. Al contrario, quando el enfermo empieza à apetecer con viveza alguna cosa, sea la que se fuere, que hasta entonces en el discurso de la enfermedad no apetecia, es señal de que camina hácia la mejoría. He notado, que à los enfermos, que sanan, el apetito les vá viniendo poco à poco, no solo en quanto à la intension, mas también en quanto à la extension. Empiezan apeteciendo alguna cosa determinada: de allí à poco se extiende el apetito à otra, y así paulatinamente se vá propagando à otros objetos, al paso que se vá disminuyendo la dolencia, ò creciendo la mejoría.

103 Pero en esto mismo se padece comunmente una grande equivocacion. Empieza el enfermo à apetecer con viveza alguna cosa, v. gr. tal manjar. Danselo, y lo toma con gusto; notase poco despues alguna mejoría, en cuya consideracion juzgan los asistentes, que el manjar le fue muy saludable, y que la mejoría es efecto de él. No niego, que algun manjar pueda ser para el enfermo mas saludable, que otros, especialmente siendole mas grato; pero en la circunstancia, que hemos dicho de suceder un vivo apetito de él à la inapetencia antecedente en todo el discurso de la enfermedad, yá la mejoría estaba en casa, aunque oculta, antes del uso del alimento.

104 Vuelvo à decirlo. Tengase por muy mala señal un fastidio general à quanto el enfermo, estando bueno, apetecia. Vivase con buenas esperanzas entretanto que permanece apetito claro, y descubierta à algunas otras cosas, aun quando el tedio comprehenda todo genero de manjares; y mucho mejores las esperanzas, quando el tedio fuere mas limitado, ò el apetito mas estendido à varias especies de objetos. Finalmente, quando el enfermo, despues de un fastidio general à todos los manjares, mostráre gran deseo de alguno en particular, pidiendole con instancia, pueden cobrar aliento los que se interesan en la mejoría.

Ex-

105 Exceptué arriba aquellos apetitos, que son efectos de la misma enfermedad, ò con ella se aumentan. Yá se vé, que el que adolece de hambre canina, tiene un apetito violento à todo genero de manjares: un febricitante apetece con ansia el agua fria; y tanto mas, quanto la fiebre es mas intensa. Pero es claro, que siendo efectos de la enfermedad, bien lexos de ser buena señal, quanto los apetitos fueren mas intensos, mayor enfermedad arguye.

PARADOXA XVI.

El mejor remedio, que tiene la Medicina es el que menos se usa.

106 **S**upuesta la maxima constante de que la Medicina propriamente tal, por destino esencial suyo, es auxiliatriz de la naturaleza, aquel será el mejor remedio, que fuere mas oportuno para lograr este fin intrinseco de la medicina. Auxilia à la naturaleza de todo lo que la conforta, la anima, la dá vigor, y aliento. Convento en que hay algunos remedios, los quales, aunque considerada su operacion inmediata, y directa, son molestos à la naturaleza, y al parecer la debilitan; sin embargo indirectamente la ayudan, por quanto remueven algun contrario mucho mas molesto, y gravoso, que el remedio. Así una sangria, prescindiendo de particulares circunstancias, debilita las fuerzas; no obstante lo qual, en caso de nimia plenitud de sangre, las aumenta. Pero esta clase de remedios padece dos grandes defectos. El primero, que solo sirven à casos particulares; y si en dos aprovechan, en ciento dañan. El segundo, que se sigue del primero, es ser remedios equivocos, en cuya administracion los Medicos freqüentemente se engañan, aplicandolos en casos, en que ofenden, juzgando hallarse en las circunstancias, en que aprovechan. Luego si hu-

bie-

biere otros remedios, que por su especifico, y proprio modo de obrar, auxiliien la naturaleza, deben ser preferidos, como mucho mejores; yá porque à casi todos los males es adaptable su uso; yá porque no son molestos, antes bien gratos; yá porque en parte es seguro su efecto; yá, en fin, porque carecen de peligro.

107 ¿Mas qué remedios serán estos? Yá se ofrecerá al lector, que hablo de los *cordiales*. Es así; mas no de los cordiales, que se venden en las Boticas, en los quales yo tengo poquísima confianza; sino de otro, cuya virtud es infalible, pues, nos la está mostrando la naturaleza à cada paso.

108 Todo lo que alegra el animo, y refocila el corazon, es cordial; y alegra el animo todo lo que es gustoso, y grato al sugeto. Siendo esto así, ¿para qué gastar dinero en bezoares, unicornios, perlas, esmeraldas, confecciones, electuarios, cuya virtud apenas consta, sino *ex fide dicentium*? La alegría del enfermo no pende tanto, ni con mucho, de las recetas del Medico, quanto de lo que el enfermo puede recetarse à sí mismo. Consulte-se en todo, y por todo su gusto, y administresele todo, exceptuando unicamente lo que, ò ciertamente sea perjudicial à su salud, ò ilícito en lo moral. Contrista, y abate al corazon quanto es ingrato al sugeto: le conforta, y alienta quanto lisonjea su gusto. Esta es una cosa, que freqüentísimamente experimentamos en nosotros mismos, y en las personas de nuestro trato. Pues si tenemos tan à mano un cordial de infalible virtud, ¿por qué no le hemos de usar con preferencia à quantos hay en las Boticas (a)?

(a) Parece que Galeno, y otros Medicos famosos estuvieron muy de parte de lo que decimos en este numero, segun los cita el Marques de S. Aubin en su *Tratado de la Opinion* (*). Galeno, dice este Autor, refiere, que curó muchas enfermedades, calmando la agitacion de espiritu, y poniendole tranquilo. El asegura, que el metodo de Esculapio era poner quanto podia de buen humor à los enfermos, excitarlos à reir distraher su imagi-

109 Por no tener presente una maxima tan natural como la propuesta, reynaron mucho tiempo en el trato de los enfermos algunos abusos sumamente irracionales, y barbaros, quales eran, no permitirles mudar camisa durante la enfermedad, y abrasarlos de sed. Es para mí evidentísimo, que aun quando en una, y otra práctica se figurase alguna real conveniencia, siempre sería mucho mas grave el daño, que ocasionarian con su molestia, que el provecho que causasen por otro lado. Una multitud innumerable de yerros de la Medicina no viene de otro principio, sino de que infinitos (creo que la mayor parte) de sus profesores, desatendiendo varias máximas, que dicta claramente la naturaleza, dieron en seguir los inciertos rumbos, que abria su discurso, tomando por norte una obscura, y dudosa Phylosofia. Suponese que los Medicos, que seguian aquellas dos prácticas, daban para ellas sus razones phylosoficas; pero razones, que precisamente flaquearian, ò en los principios, ò en las ilaciones, ò juntamente en uno, y otro. Por otra parte el daño que à los enfermos ocasionarian, es visible, que no podia menos de ser grande; siendo manifesto, que todo lo

nacion de la enfermedad con canciones, musicas, y otros generos de recreaciones de su gusto. *Asclepiades* hacia consistir la Medicina en todo lo que era capaz de lisongear la naturaleza. Un antiguo Medico, para remediar ciertas enfermedades, ordenaba la lectura de las ficciones Romanescas de *Philipo de Amphipolis*, de *Herodiano*, de *Amelio de Syria*, &c.

2 Sabido es lo del grande Alonso, Rey de Aragon, y de Napoles, que estando gravemente enfermo en Capua, debió su mejoría al gran deleyte, con que oyó leer la Historia de Quinto Curcio: por lo que el mismo Rey dixo, insultando à los tres celebrados Principes de la Medicina, y en ellos à todos los Medicos: *Mueran Hyppocrates, Galeno, y Avicena; y viva Quinto-Curcio, à quien debo la salud*. Era la suprema delicia de aquel Principe la lectura de buenos libros. Así no hay que extrañar, que la amena Historia de Quinto Curcio, por medio de una gratísima impresion en el animo, le dispusiese al recobro de la salud. De Laurencio de Medicis, apellidado *Padre de las Letras*, se refiere otro caso enteramente semejante.

(*) Tom. 3, lib. 4. cap. 4.

lo que nos aflige, nos daña; y quanto mas nos aflige, tanto mas nos daña: con que siendo aquellas dos prácticas sumamente molestas, no podian menos de ser gravísimamente dañosas. Esto dicta clarísimamente la razon natural, sin ser menester acudir à libros. Sin embargo, unos racionios de frusleria, con que los Medicos autorizaban las prácticas expresadas, hacian cerrar los ojos à una verdad tan manifesta. Tal era la demencia de los hombres, y tal es aun en el dia de hoy, que dán mas credito à un sueño, à una quimera, à una algaravia phylosofica, propuesta en voces facultativas, y empedrada de textos impertinentes, que à una verdad, que, à poca reflexion que se haga, está mostrando à todos la naturaleza. Si à un hombre perfectamente sano, y acostumbrado à tratarse con limpieza, tuviesen quinze dias en la cama, sin dexarle mudar camisa, ni ministrarle la mitad de la bebida, que pidiese su sed, al plazo de los quinze dias le verian hecho un esqueleto, en fuerza de la angustia que padeceria. Apenas podria dormir, ò sosegar; mucho mas, si le apestasen sabanas, y camisa, y aun el alma con aceytes, y emplastos, como muy ordinariamente se hace con los enfermos. Verisimilmente bastaria esto, respecto de algunos sugetos, para que enfermasen, y muriesen. Sin embargo, autorizaban esta crueldad, mas que Neroniana, tales quales textos, y discursos phylosoficos.

110. Yá está, à lo que entiendo, desterrada de la Medicina esta barbarie; pero se han dado muy pocos, ò ningunos pasos hácia el extremo contrario de consultar la inclinacion, y gusto de los enfermos. Apenas hay Medico alguno, que piense en eso. Dirán acaso que eso corre por cuenta de los asistentes. Pero debieran advertir, que los asistentes no se atreven à hacer cosa alguna fuera de lo que manda el Medico; y no lo estraño, porque à qualquiera novedad que executen con el enfermo, ò que el enfermo execute; si, contra la esperanza del Medico, sucede agravarse la enfermedad, por no desautorizar

zar sus pronosticos, refunde la culpa, ya en el enfermo, yá en los asistentes. Fuera de que estos se escusarán legitimamente de innovar en cosa alguna con el motivo de que no saben si aquello, en que ocurre dár gusto al enfermo, le será por algun camino perjudicial.

III. Por estas razones, y tambien por ser una parte esencialísima de la Medicina todo lo que conduce à alegrar el ánimo del enfermo, no puede escusarse el Medico de tomar esto à su cuenta, informandose, yá de todas las inclinaciones del enfermo en el estado de sano, yá de sus apetitos, y antojos en el discurso de la enfermedad, para ordenar se le complazca en todo lo que, segun buenas reglas, no juzgáre pernicioso: en que debe obrar con mas resolucion, que timidéz, porque son muchas las cosas que la opinion comun imagina perjudiciales, sin que efectivamente lo sean. ¿Quién habrá en nuestras Regiones, que no esté persuadido à que si à un febricitante, despues de añadirle con el fuego muchos grados de calor al de la fiebre, y bañado todo de sudor, de golpe le cubriesen de nieve, ò le metiesen en agua friisima, le acarrearían prontísimamente la muerte? Sin embargo, este es el metodo de curar las fiebres en la Rusia (a). Y hay Autores que dicen, que la misma práctica se observa en la Canada, sin que resulten de ella los funestos acontecimientos, que acá se juzgan inevitables. Lo que no digo, porque se siga esta práctica; si solo por lo que conduce al presente asunto. Asimismo todos juzgan convenientísimo en qualquiera fiebre, especialmente en la de viruelas, dar luego al enfermo al lecho. Con todo, el expertísimo Sydenhan con notable conato persuade, que en las viruelas no tome el doliente la cama antes del quarto dia. Y lo mas es, que el motivo, que propone, para retardar la cama, es retardar la salida de las viruelas, teniendo esto por convenientísimo, y lo contrario por muy peligroso; quando en el sentir comun se juz-

(a) Mem. de Trev. año 1725. artic. 73.

juzga convenientísimo solicitar desde luego, con el calor del lecho, la erupcion de las viruelas, y lo contrario muy nocivo. Yá en otra parte notamos, como en los Holandeses, que navegaban à las Indias, hacian grandísimo estrago los excesivos calores, al transitar por climas ardientes. ¿ Qué cosa mas contraria à las reglas medicas, y la comun opinion de los hombres, que usar en aquel apuro la agua ardiente por bebida? Pues este se experimentó ser el unico preservativo eficacísimo. Otros infinitos exemplos semejantes pudiera traer en prueba de que son inciertas muchisimas maximas, que la opinion comun tiene recibidas como indispensables. Siendo, pues, cierto el provecho, que en el enfermo recibirá en contemplarle el gusto, y ninguno, ò muy dudoso el daño, debe resolverse à favor de su apetito.

112 Las cosas en que se le puede complacer, como asimismo en que se le puede desplacer, son muchas. Deseará el enfermo, que la cama se le componga de esta, ò aquella manera; que se le coloque en tal, ò tal quarto, ò en tal parte del mismo quarto; que se le franquee mas, ò menos luz; que le visite, y haga conversacion tal sugeto; que à otros se niege la entrada; que la conversacion ruede sobre este, ò aquel asunto; que à tal, ò tal hora le dexen en soledad: acaso gustará de musica, y acaso la musica le conciliará mejor el sueño, que todos los soporíferos pharmauceticos. Ministrará noticias gratas, es un deleyte transcendente à todos genios. Asi se debe poner en esto especialísimo cuidado, discurrendo en todo lo que se le puede decir de próspero, yá en orden à su persona, yá en orden à las personas, que mas ama. Aunque cada una de estas cosas, y otras de este tenor, por sí sola no sea capáz de hecer grande impresion en el animo del enfermo, mayormente atendida la disposicion de displicencia, que trae consigo la enfermedad, pero el cúmulo de todas hace un grande efecto.

113 Un caso raro, que refiere Theophilo Bonet en la segunda parte de su Medicina Septentrional, prueba, que aun

aun una especie determinada de placer es capáz de restaurar à un enfermo deplorado. Una mozuela Holandesa, de servicio, mortalmente herida de la pestilencia horrible del año de 1636, y puesta yá en estado de desesperar enteramente de su vida, fue depositada en un jardin, para que allí espirase sin el riesgo de comunicar à otros el contagio. Quando todos huian, como de la muerte misma, de la infelíz moribunda, un joven que la amaba tiernamente, tuvo valor para ir à vérla, y acariciarla. Reconoció que sus alhagos la daban mas aliento, que el que se podia esperar de su rendida vitalidad; con que se resolvió à continuarlos hasta el extremo de hacerle torpe compañía por tres noches consecutivas. La enferma fue mejorando sucesivamente, de modo, que al fin de las tres noches se halló perfectamente sana; y lo mas es, que al amante no resultó daño alguno.

114 Este suceso, que por lo que tiene de torpe, no puede ser imitado, dá luz para usar de otros medios licitos, que tienen la misma conducencia. Yá veo, que la eficacia de una vehementísima pasion amorosa, para conmover el cuerpo por medio del animo, apenas se halla en otro ningun afecto; sin embargo vemos resultar de otros grandes inmutaciones. Si à un sugeto, que se halla algo indispuerto, y lánguido, le dán una noticia faustísima, no esperada, de repente le vemos agil, vigoroso, activo, floreciente el color del rostro, los ojos brillantes, todos sus movimientos vívidos, de modo que parece otro hombre diverso del que era un momento antes. Aun mucho mayor es el efecto contrario, siendo la noticia infausta. No há muchos años, que dándole à un hombre en Flandes, sin prevencion alguna, noticia de la muerte de su esposa, de repente se halló tullido de la mayor parte de sus miembros, à quien despues sanó el famoso Boerhave.

115 Sobre todo recomiendo con mucha especialidad, y como cosa esencialísima, que en la eleccion de manjares se contemple mucho el apetito del enfermo. Es de-

delirio pensar, que lo que se come con repugnancia, pueda hacer provecho. Ya Hippocrates advirtió ser mas provechoso el alimento que se toma por gusto, que el que no, aunque aquel sea de algo peor condicion que éste: *Paulò deterior cibus, aut potus, suavior tamen, melioribus quidem, sed minùs suavibus est præferendus.* Pero yo añado, que probabilisimamente se deben preferir el manjar, y bebida de mas gusto, sin meterse en el examen de si el exceso en la calidad es mucho, ò poco; porque ¿quién puede hacer al gusto esa comparacion, ò medir el exceso? Los Medicos no están constantes en graduar la calidad de los manjares. Reprueban unos el que aprueban otros. Ni en este punto se puede dár alguna regla, por la diversidad de temperamentos en distiatos individuos; de donde viene, que el manjar, que à éste es nocivo, à aquel es provechoso. No hay manjar alguno, de quantos están en uso, con el qual no veamos muchos, que se hallan muy bien. En la incertidumbre, pues, que tiene el Medico de qual alimento quadrará mejor à la complexion de este enfermo, à quien visita, ¿qué mejor regla puede seguir que la de su apetito, ù de su mayor displicencia? O, por mejor decir, apenas haya otra regla que seguir.

116 Yo me imagino, que como, tomando los apetitos genericamente, ninguno dió la naturaleza al hombre, que no fuese ordenado à la conservacion, ù del individuo, ù de la especie, con proporcion se debe discurrir de los apetitos particularizados en orden à tal, ò tal objeto. Pero es menester la precaucion de discernir si la particularizacion del apetito es inspirada propriamente de la naturaleza, ò viene de extravagancia de la imaginacion, de algun mal habito adquirido, ù de otro qualquier principio extrinseco, ò accidental à la facultad apetente. Ello es preciso considerar à la naturaleza como una benigna madre, que quanto es de su parte, nunca nos impele à lo que nos está mal; no como una cruel madrastra, que nos brinda con los venenos. En efec-

efecto, revestida de este segundo caracter la contemplan algunos, que tienen aprehendido, que quanto apetece un enfermo, fuera de aquello que à ellos se les antoja ser util, le es nocivo. ¿Qué entendimientos hay tan puestos al revés!

117 Me detengo mucho en esta Paradoxa, por considerar su gravissima importancia; y por lo mismo contemplando, que à muchos hará mas fuerza la autoridad, que la razon, me detendré mas, alegando la de Hippocrates, quien dice estas palabras(a) muy notables à nuestro proposito: *Ægrotantibus gratificationes* (suple el verbo *exhibeantur*) *velut est purè præparare potus, & cibus, & ea quæ videt, molliter ea quæ contigit. Aliæ gratificationes* (suple tambien aqui el mismo verbo), *quæ non magnoperè lædunt, aut facillè reparari possunt, velut frigida ubi hac opus est. Aliæ gratificationes sunt introitus, sermones, habitus, vestitus ægrotantis, tonsura, ungues, odores.* Uso de la version de Lucas Tozzi: de la qual nada discrepa en la substancia la de Valles; y acaso es mas coherente en la Gramatica, en la parte donde despues de *molliter quæ contigit*, ò como él dice, *molliter quæcumque tangit*, prosigue, inmediatamente: *sed non ut valde lædant, &c.* Por *gratificationes* dice Valles *gratiæ*, que para muchos tiene significado mas claro.

118 En este texto se manifiesta quanto cuidado ponía Hippocrates en que se gratificase, ò complaciese à los enfermos, pues à los objetos que todos los sentidos estiende esta complacencia: Al Gusto *potus, & cibus*: à la Vista *& ea quæ videt*: al Tacto *quæ contigit*: al Oído *sermones*: al Olfato *odores*. En que se dexa conocer, que aunque no individúe todas aquellas cosas en que se puede complacer al enfermo, lo que no podria hacer sin una cansadisima enumeracion, muy contraria à la concision Hippocratica, su intento es comprehenderlas todas.

(a) Lib. 6. Epidem. sect. 4.
Tomo VIII. del Theatro.

119 Noto, que entre las cosas gratas al enfermo, que prescribe Hippocrates, es una la tonsura, que sin duda se debe entender de la barba, yá por ser esta la regular, yá porque siendo, no el pelo de la cabeza, sino el de la barba, el que incomoda, quando está algo crecido, la tonsura de este, y no de aquel, se puede contar entre las cosas gratas. Vean ahora quán lexos ván de seguir à Hippocrates los que escrupulosamente observan no quitar la barba à los enfermos. Parece que los mas de los Medicos, en vez de gratificarlos en todo, como Hippocrates ordena, no piensan sino en exasperarlos, ofenderlos, y podrirlos.

120 A la autoridad de Hippocrates agregaremos la de nuestro famoso Español Valles, quien sobre aquellas palabras de Hippocrates (a), *circa ægotantem æconomia*, pronuncia esta sentencia, dignisima de intimarse en alto grito à todos los Medicos: *Non enim solum boni Medici est medicamentis, & medicinalibus omnibus instrumentis rectè uti, & quod ad cibum, & potum attinet, victum instituere; sed etiam omnia quæ coram ægrotò dicenda, seu agenda sunt ab ipso, seu ab aliquo quopiam, & cubiculi, domus, & lecti, & externorum omnium providentiam habere, atque omnia disponere, ut maxime ad ægroti gratiam, & utilitatem referantur. Hanc providentiam vocat Hippocrates, æconomiam circa ægotantem.*

121 Solo en una cosa quisiera yo, que no complaciesen los Medicos à los enfermos, en que no pocos iniquisimamente los complacen, que es la frecuencia en recetar. Este apetito à muchos remedios, muy comun en los enfermos, y que, bien lexos de ser natural, es enteramente contrario à la naturaleza, viene del error en que están de que les son convenientes. De este error de los enfermos nace otro perniciosísimo, que es tener por mejores Medicos à aquellos que recetan mucho, que

(a) Lib. 6. Epidem. sect. 2.

los que son muy pocos en recetar. Sobre cuyos dos falsisimos supuestos, ò buscan al Medico mas recetador, que es lo mismo que buscar un homicida costoso, ò al que los asiste importunan à que recete mucho, que es lo proprio que instarle à que los degüelle. Entretanto, aquel por ignorante, y éste por no parecerlo, con la multitud de remedios llevan al enfermo à la sepultura, y su hacienda à la Botica.

PARADOXA XVII.

Hay casos, ò enfermedades en que se debe proceder por el extremo diametralmente contrario al propuesto en la Paradoxa pasada.

122 SI son muchos los lectores que estrañen la doctrina de la Paradoxa antecedente, creo serán muchos mas los que se escandalicen de la que vamos à dár ahora. Digo que hay enfermedades en que, no solo no conviene complacer à los enfermos, antes es util desplacerlos positivamente, no como quiera, sino llegando al extremo de enfadarlos mucho irritarlos, y enfurecerlos.

123 Como el fundamento principal de las doctrinas Medicas es la experiencia, por aqui empezaremos la prueba de esta Paradoxa. Etmulero en su Disertacion de *Ira* refiere varios sucesos de curaciones logradas por el medio expresado. El famoso Olao Borrighio curó à una muger de una terciana rebelde, à quien se habían aplicado inutilmente todos los demás remedios, metiendola en una furiosa colera. Valeriola venció la quartana con el mismo arbitrio. Al mismo proposito trae otras curaciones de paralyticos, gotosos, y mudos: entre los quales el de mas chiste es de un gotoso, que provocado del medico con palabras injuriosas, venciendo con un ex-